Historia de los monos

Un grupo de científicos metió a cinco monos en una jaula.
En el centro había una escalera y, sobre ella, un montón de bananas. Cuando un mono subía la escalera para coger bananas, los científicos lanzaban un chorro de agua helada sobre los que quedaban en el suelo. Después de algún tiempo, cuando un mono trataba de subir la escalera para alcanzar las bananas los otros lo golpeaban.

Pasado algún tiempo más, ningún mono intentaba subir la escalera, a pesar de la tentación de las deliciosas bananas colgando de la parte superior. Entonces, los científicos sustituyeron uno de los monos y metieron en la misma jaula otro que no había estado en el experimento del agua helada. Naturalmente, lo primero que hizo el mono nuevo en la jaula fue dirigirse hacia la escalera y subir el primer peldaño, cuando fue rápidamente atajado por los otros. Le agarraron y le pegaron con dureza. Después de algunos intentos y algunas palizas, el nuevo integrante del grupo ya no trató de subir más por la escalera.
Un segundo mono fue sustituido en la jaula y ocurrió lo mismo. Con la diferencia de que el primer sustituto participó con entusiasmo en la paliza atizada al novato; era el que más fuerte le pegaba. Poco después hubo un tercer cambio y se repitió el mismo proceso.
Finalmente, los científicos había sustituido a todo los monos veteranos que aún quedaban en la jaula. De este modo, quedaron un grupo de cinco simios que, aunque nunca recibieron un baño de agua helada, continuaban golpeando a aquél que intentase llegar a las bananas que seguían sabrosas ahí arriba, en la parte alta de la escalera. Si hubiera sido posible preguntar a algunos de los mono que por qué le pegaban a quien intentase subir la escalera, con toda certeza la respuesta habría sido: “No sé, las cosas siempre se han hecho así aquí...”.
¿Te suena familiar esta historia, verdad? Una buena parte de la Humanidad acepta las reglas sin preguntarse nada, sin más. Es oprimida sin que haya otro argumento que la aceptación de la opresión y trata de que todos los demás aceptemos su mismo miedo ciego, su misma hambre y su poco interés por la vida.
No pierdas la oportunidad de pasar esta historia a tus amigos, para que, de una u otra manera, se pregunten por qué nos están golpeando y no respondemos, por qué estamos haciendo las cosas de una manera, si a lo mejor podríamos hacerlas de otra.

“Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio”
A. EINSTEIN